
E. Carney, *Eurydice and the Birth of the Macedonian Power*, New York, Oxford University Press, 2019, 177 pp [ISBN 978-0-19-028053-6].

En 1987 Beth Carney daba un giro radical a su investigación y cambiaba la temática de la misma para centrarse con suma brillantez en los estudios de género¹. De este modo, durante tres décadas ha encabezado la investigación de las personalidades femeninas de la antigua Macedonia, convirtiéndose en una referencia de obligado conocimiento.

La obra que nos ocupa se trata de un proyecto largo tiempo postergado, pero que por fin ha visto la luz. Nos referimos a la primera monografía escrita sobre Eurídice, la madre de Filipo II y abuela de Alejandro Magno. La primera mujer de la antigua Macedonia de la que conservamos algo más que un nombre: “Eurydice is the first Argead royal woman for whom we have more information than the simple fact of her marriage” (p. 13).

Pese a que su vida parece a ver si sacada de una “dynastic soap opera” (p. 41) o del argumento de una película de cine negro, nunca antes se había estudiado con tanto detalle. La razón de este hecho es fácil de entender, apenas existen testimonios.

Antes de comenzar con el análisis del libro es necesario explicar a cualquier posible lector quién fue Eurídice, dado que el objetivo de este estudio es poner en duda esa leyenda que le ha acompañado durante siglos. A la madre de Filipo II se le acusa de adulterio y de haber perpetrado, con su amante y yerno Ptolomeo de Aloro, el asesinato de su marido y sus dos hijos mayores. Este comportamiento traicionero habría sido rematado con el matrimonio de su cómplice.

Carney no es el primer investigador que pone en duda la veracidad de este folktale, ya antes de ella investigadores como Macurdy (1927), Greenwalt (1988) o Mortensen (1992) lo hicieron, y afortunadamente esta leyenda negra que acompaña a Eurídice no es aceptada por la mayoría de los investigadores en la actualidad.

El libro se divide en seis capítulos que para nada siguen un hilo cronológico, ya que no se trata de una biografía de una reina de Macedonia. La ausencia de evidencias no permite este tipo de acercamiento al tema, y esta monografía es realmente una historia de Macedonia entre el reinado de Arquelao y el de Filipo II.

El primer capítulo, “Introduction” (pp. 1-13), es una presentación de las problemáticas propias de la época y de la historia de Macedonia. De este modo, se estudia a los reyes anteriores a Amintas III (Alejandro I, Pérdicas II, Arquelao y Orestes), la geografía y la naturaleza del estado macedonio. La poligamia habría contribuido en gran medida a potenciar el papel de las mujeres en la política del reino y a establecer lazos de dependencia entre madre e hijo (p. 10).

El segundo capítulo, “The Marriage of Eurydice and Her Husband’s Rule” (pp. 14-31) analiza el reinado de Amintas III, discutiendo si fue obligado una vez o dos a abandonar el trono. En cualquier caso, la valoración que Carney hace del reinado de Amintas es muy positiva: “Philip would never have been king had his father not demonstrated those remarkable survival skills” (p. 22). También se discute la posibilidad de que Eurídice fuese de origen ilirio (24ss), desechándose la misma.

¹ Carney, E. “Olympias”, *AncSoc* 18, 1987a, 35-62; “The career of Adeia-Eurydike”, *Historia* 36.4, 1987b, 496-502.

El tercero, “The Rule of the Eurydice’s Sons: Alexander II, Perdiccas III, and Philip II” (pp. 32-52), se centra en el gobierno de los tres hijos de Amintas y Eurídice que se convirtieron en reyes. Alejandro II (pp. 33-37) es visto como un rey joven e imprudente, mientras que Pérdicas II (pp. 37-44) tiene una mejor valoración. La culpa del desastre que le costó la vida no habría sido tanto de la debilidad del reino que había gobernado durante años como de la fortaleza de los propios ilirios (p. 43). Filippo II (pp. 44-52) supuso un giro radical tanto en la situación de Macedonia como en la vida y el prestigio de la propia Eurídice. Filippo debió de ser rey desde el inicio de su reinado, ya que los macedonios no habrían considerado oportuno dejarse gobernar por un rey niño en un momento de crisis (p. 45). Si no procedió con su sobrino con la misma crueldad que lo habían hecho otros reyes macedonios fue porque no tenía un sucesor y “his young nephew was the only other male descendant of the line of Amyntas III and Eurydice” (p. 46).

El cuarto capítulo, “Eurydice and her sons” (pp. 53-75), es el primero que se centra en la figura de Eurídice con mayor detenimiento. El enlace matrimonial con Ptolomeo es discutido con suma brillantez. De haber tenido lugar habría ocurrido poco después de la muerte de Alejandro II, cuando Eurídice era una mujer a punto de cumplir 40 (p. 31). Esta decesión puede explicarse ante la necesidad de preservar los derechos de sus hijos al trono (p. 63). También se analiza con detalle el famoso discurso de Esquines en el que Eurídice habría ganado el favor de Ifícrates para detener las pretensiones al trono de Pausanias. La naturaleza ficticia del texto queda reflejada por presentar demasiado jóvenes a los dos hijos menores de Eurídice o por situar en ese momento a Filippo que era rehén de los tebanos².

El quinto capítulo, “Eurydice’s Public Image during Her Lifetime” (pp. 76-95), abandona las más que poco fiables fuentes escritas y se centra en las tres inscripciones conservadas sobre esta excepcional reina macedonia: Pseudo-Plutarco (pp. 79-82); Egas (pp. 82-92) y Palatitsa (pp. 92-95). Estas tres inscripciones reflejarían mejor que cualquier fuente escrita a la verdadera Eurídice, aunque su uso propagandístico es evidente: “All of Eurydice’s dedications tended to elevate her and by implication the family as well” (p. 82). Hay una fuerte conexión de alguna de estas inscripciones con Eucelia, divinidad de la cual Eurídice podría haber sido sacerdotisa (p. 91). En suma, estas inscripciones reflejan el deseo de contrarrestar la propaganda de los partidarios de Gígea y presentar a la reina madre como un modelo: “Yet her lifetime monuments and dedications imply that she served as a model mother (and perhaps as a patron of mothers) for the kingdom” (p. 95).

El último capítulo, “Eurydice’s Public Image after Her Death” (pp. 96-117), sigue el análisis de la cultura material, esta vez con la cuestión de la identidad de la tumba que tradicionalmente se le atribuye. Se finaliza con uno de los temas más controvertidos en la historiografía macedonia, el significado “regio” del nombre de Eurídice. Muchas grandes personalidades femeninas de la corte macedonia cambiaron su nombre por el de Eurídice, incluso se ha discutido la posibilidad de que fuese ella quien le diese nombre a la esposa de Orfeo, dado que no hay evidencias de este nombre hasta la época helenística mientras que en Macedonia era bastante común³. Para Carney el único caso sin duda constatado es el de Adea-Eurídice, mientras que los de Audata y Cleopatra son

² “Philip cannot have been physically present in Macedonia since Pelopidas’ first trip to Macedonia (while Alexander II was still alive) had ended with Philip’s departure to Thebes as a hostage. Nonetheless, Aeschines’ account is generally accepted as historical” (p. 67); “The ahistorical juvenalization of Philip and his older brother Perdiccas” (p. 74).

³ Molina Marín, A. I. “Reina y madre. Eurídice I y la concepción clánica del poder en Macedonia”, in Borja Antela Bernárdez (ed.) *Dolor y Placer*, Alcalá de Henares 2017, pp. 75-92.

considerados errores de Arriano. Algunos nombres pueden haber adquirido especial importancia ante la ausencia de títulos reales (p.112), pero niega que el nombre de Eurídice pudiera haber tenido alguna connotación dinástica: “Certainly there is no reason to think that “Eurydice” became in some general way a dynastic name” (p. 113).

La obra sorprenderá al lector, ya sea conocedor del tema o no, por el rigor de la misma, ya que nada se da por supuesto. Muchos temas comúnmente aceptados por la crítica son puestos en duda por la autora:

1) Generalmente se ha aceptado que los hijos de Amintas III y Eurídice debieron ser más jóvenes que los de Amintas III con Gigea. Carney defiende que si los tres hijos de Eurídice pudieron alcanzar el trono fue en parte por ser mayores que sus hermanastros: “... I have argued, Gygaea’s sons were significantly younger than Eurydice’s, the dominance of Eurydice’s sons is easily explained, even if Gygaea was indeed an Argead by birth” (p. 23). Además, Justino menciona a sus hijos antes que los de Gigea: “Some other factors also imply that Eurydice’s marriage preceded Gygaea’s. Justin mentions Eurydice’s sons first.” (p. 23). Eurídice debió haber establecido una red de seguidores que aseguró la sucesión de sus hijos: “My own view is that she had philoi who supported the candidacy of her son Alexander II. No one became king without some elite group behind him” (p. 30); “...a woman able to manipulate philia networks” (p. 77).

2) Pese a que el matrimonio entre Eurídice y Ptolomeo es aceptado como verídico, Carney llama nuestra atención sobre un hecho pocas veces comentado: solamente una de nuestras fuentes afirma que se produjo esta unión, y es el escoliasta de Esquines. Llama poderosamente la atención que con tan pocas evidencias se acepte este matrimonio: “The scholiast for Aeschines 2.29 says that Ptolemy and Eurydice worked together to bring about the death of Alexander II (the scholiast is also the sole source for the idea that Ptolemy married Eurydice)” (p. 35). Por el contrario, autores contemporáneos como Demóstenes no dicen nada (p. 62). Marsias de Pela, un autor macedonio, no menciona nada sobre un matrimonio (p. 67). La conclusión de la autora es “no one should simply assume that the marriage is fact, but it is a possibility” (p. 64). Carney concluye que el origen de esta historia debió ser Teopompo de Quíos, quien visitó la corte de Filipo II y pudo haberse entrevistado con los partidarios de Gigea: “we should not assume, however, that Theopompus was uniformly hostile to Philip or his ancestors. The ultimate source of this court gossip could certainly have been Gygaea and her sons” (p. 69).

3) Desde que Andronikos afirmó en 1988 haber encontrado una tumba a la que denominó con el nombre de la reina Eurídice se ha dicho que debió de ser la última morada de la madre de Filipo II. Apoyándose en el análisis de la estructura de la tumba y de su ajuar funerario, se concluye que no hay evidencias suficientes para afirmarlo o para negarlo (p. 106).

4) Al contrario que otros investigadores niega que el mayor protagonismo de Eurídice se produjese durante los reinados de Amintas y Alejandro II. El momento oportuno habría sido durante el reinado de Filipo: “Only in the reign of Philip did Macedonia become rich and stable enough to generate the wealth to pay for these monuments” (p. 52). Además, no es infrecuente que las reinas viudas adquieran mayor protagonismo durante la subida al trono de sus hijos.

Por otro lado, añada nuevas interpretaciones como su comparación de Eurídice con la esposa de Odiseo, Penélope⁴.

Existen algunas cuestiones sobre las que se podrá discrepar con Carney (el orden de los matrimonios de Amintas III, la interpretación de la inscripción de las musas, etc), pero en suma nos encontramos ante una obra de gran valía, ya que no sólo llena un vacío en los estudios macedonios, sino que también devuelve a la historia a una personalidad histórica que había sido maltratada e incomprendida a lo largo de los siglos, y hacer justicia con el pretérito es en nuestra opinión el mayor de los logros que puede hacer un historiador.

A. I. MOLINA MARÍN
Universidad de Alcalá
miprofeignacio@gmail.com

⁴ “Reflecting on the character of Penelope in *The Odyssey* can be helpful in understanding the historical figure of Eurydice” (p. 116).